

La pérdida de centro rector

Dany-Robert Dufour

Locura y democracia. Ensayo sobre la forma unaria

Juan Carlos Rodríguez Aguilar (trad.), Cecilia Pieck (revisión técnica)

FCE, México, 2002

Juan Antonio Rosado

Así como la lengua, o con mayor precisión, la gramática es –según Pierre Klossowski– garantía de identidad, pues al formular el pronombre “yo” me refiero a mí mismo, que ocupo un tiempo y un lugar en el espacio; así a la religión y al concepto (o conceptos) de Dios podría calificárseles de gramática espiritual: garantes de una identidad colectiva, como aún ocurre con el pueblo musulmán. En efecto, en el Islam la filosofía carece de importancia como tal: las cuestiones metafísicas están resueltas y el discurso teológico otorga orden e identidad a todo un pueblo, como también ocurría –desde el punto de vista del cristianismo– en la Edad Media europea o –políticamente hablando– con la figura del rey. Cuando Nietzsche descubre y representa la muerte de Dios, se refiere justamente a la pérdida, en la cultura occidental moderna, de todo *centro rector* y, por consiguiente, de toda identidad fundamentada tanto en el orden religioso como en las deixis espacio-temporales. La muerte de Dios equivale a la muerte del hombre, que ha perdido definitivamente su centro. Ahora tenemos a una pluralidad de seres humanos distintos, sin centro que los una. El concepto de “hombre” se ha hecho más relativo, incierto, problemático.

Gilles Deleuze pone énfasis en que Dios es la única garantía de la identidad del yo, y en que no puede conservarse tal identidad sin conservar a Dios, de ahí que el mal chiste “Nietzsche ha muerto”, firmado por un tal “Dios”, no sea sino producto de la ingenuidad, de la mentalidad simplista de quien se rehúsa a pensar en las implicaciones de la frase auténtica: “Dios ha muerto”, es decir, la moderna sociedad, la colectividad en su conjunto, carece ya de un centro rector, unificador, que le otorgue una común identidad espacio-temporal. Los iluministas del siglo XVIII trataron de erigir a la razón como centro y los románticos promulgaron al yo como totalidad céntrica. Lo cierto es que, desde el siglo XVIII y, particularmente, desde el XIX, con el auge de las democracias de masas, las sociedades se han acercado cada vez más a la locura: cada individuo, con autoridad, voz y voto, pretende ser rey o César de su propio imperio; por ello las grandes corporaciones, industrias o empresas deben tener cuidado en

indicarle todo lo que debe hacer para que el individuo no ejerza tal autoridad. La cultura y la democracia de masas individualizan: su carácter social –en tanto plural– es necesariamente ateo. De esto trata el libro *Locura y democracia*, un ensayo sobre la forma “unaria”, del pensador francés Dany-Robert Dufour.

El autor analiza la autonomía jurídica del sujeto democrático y su reverso, la locura, que se da

cuando resulta imposible para un sujeto reconocerse en el “yo” y orientarse en el tiempo y en el espacio; se toma a sí mismo por otro, no se sitúa en ningún tiempo ni en ningún espacio, subsiste en dos tiempos a la vez o incluso reside en dos lugares a la vez; locura es ser incapaz de construir un “aquí y ahora” en donde ubicar su “yo”.

La pérdida de todo referente, de toda deixis gramatical nos acerca, entonces, a la locura. El sujeto, en el

liberalismo, se convierte en sujeto ideal y puede llegar a considerar su propia autonomía como la única autoridad. Hay una contraposición entre la forma unaria, donde el yo es también predicado, y la binaria, en la que existe el otro. Cada quien debe hacer uso de su libertad hasta el paroxismo de lo absurdo. Uno de los ejemplos citados por Dufour es el del estadounidense que puso a su perro mojado en el horno de microondas para secarlo; al ver que el animal murió, demandó a la compañía productora porque el instructivo no decía que el comprador no debía introducir seres vivos al horno de microondas. Este ejemplo nos ilustra hasta qué grado el sujeto democrático usa su libertad como autoridad y hasta qué grado se le deben decir incluso las cosas más obvias para protegerse de esa libertad sin cuartel. Al sujeto que demandó a la compañía de hornos se le debían referir aun las obviedades, lo que está implícito. Al caer por los suelos el sistema referencial (Dufour apunta el año de 1946 –la segunda posguerra– como fecha clave), el sujeto necesita asumir por sí mismo la forma unaria. En la autonomía jurídica, se asume directamente ese proceso: no hay Dios ni rey ni Ser (filosóficamente hablando) que lo asuman por nosotros. En este sentido, Dufour cree en la posmodernidad siempre y cuando ésta signifique “el fin de todas las modalidades de referencia”. Sólo así es posible una sociedad de individualidades autónomas.

Si bien todos los actos fundadores son de factura unaria y a partir de ellos se conforma “lo fundado” como tal, las sociedades actuales son “pueblos de únicos”: la democracia se percibe como una sociedad delirante. La supervivencia del capitalismo sólo puede darse por la incesante rehabilitación de la autonomía jurídica del sujeto. Paradójicamente, es la dependencia material y económica, la sociedad de consumo, la toma individualista de decisiones, lo que produce esa autonomía jurídica. Hay ciertamente mucho de Deleuze y Guattari (capitalismo y esquizofrenia) en esta visión deconstructivista de las sociedades democráticas de la actualidad.

En cuanto a su forma, *Locura y democracia* se halla estructurado a manera de diálogo, pero, en lugar de la intervención de un Sócrates con sus discípulos o amigos, tenemos a dos interlocutores: *Logos* –razón, discurso, orden, palabra, estructura lógica– y *Sogol* –un *logos* invertido, “loco”, consciente de la difuminación de las particularidades deícticas–. Mediante el uso de una prosa argumentativa que nos remonta al liberalismo y, sobre todo, a la figura paradigmática de Rousseau, *Sogol* trata de convencer a *Logos* y así se erige en una suerte de paradójico centro sin centro. Al libro de Dufour, escrito en un lenguaje sencillo, con

gran concisión, pero sin escatimar la profundidad, podría definirse como un deconstructivismo ligero (*light*), que intenta difundir, desde una óptica conceptualmente divertida, algunas ideas filosóficas fuertemente posnietzscheanas. La presencia de Lacan (el estadio del espejo) y Foucault son sintomáticas; pero en todo el libro se respiran las ideas de Derrida: su crítica al *logocentrismo* como deseo exigente del significado trascendental cuando propugna la deconstrucción de las significaciones cuya fuente es ese centro, ese *logos*, del mismo modo que, para Nietzsche –dice Derrida–, la escritura no está sometida originariamente al *logos* ni a la verdad.

El *logos* absoluto y con él el signo (incluso el signo lingüístico) surgen, como lo demuestra Derrida, en una época teológica, tienen raíces metafísico-teológicas que nos remiten al Verbo como Absoluto: se opera la determinación, y por tanto, la significación trascendental del ser. Dufour, como una gran cantidad de pensadores y artistas del siglo xx y de lo que va del xxi, parte de la ausencia de centro, de la inexistencia de Dios o de la razón omnipotente: del sinsentido.

A pesar de que el libro de Dufour no aporte, filosóficamente, más de lo que aportaron los pensadores anteriores a él –desde Rousseau hasta el gramatólogo Derrida–, considero que es interesante por la forma en que está escrito y por su análisis agudo de la democracia estadounidense, donde se creó la extraña alianza entre la máxima autonomía jurídica del sujeto y la máxima dependencia económica y material. Se concluye que la verdadera tendencia de la democracia de masas no es otra que la locura. En una sociedad de individualidades, donde el hombre se halla solo en el mundo, es natural que este sujeto jurídicamente autónomo se someta a lo unario y, por lo tanto, que esté en contacto directo con la locura. De inmediato pienso en ese hombre del subsuelo planteado por Dostoievski: un yo como totalidad encerrada (para utilizar una expresión empleada por Eduardo Subirats); el yo urbano sometido a su propio yo como ser deseante y autónomo. El individualismo a ultranza ha producido una sociedad de únicos o, como quiere Dufour, unaria.

Por último, no cabe duda de que una de las aportaciones al pensamiento literario más valiosas de este libro es la exposición y el análisis de la obra de Samuel Beckett que, a juicio del autor, inaugura la novela de la época posteológica, sobre todo por su ataque contra las certidumbres deícticas, que lleva implícita la ausencia definitiva de Godot (¿Dios?) o de todo centro que rija de modo certero a un pueblo o a una comunidad. ■